

ROMANCE GRACIOSO, Y BURLESCO, PARA reir y pasar tiempo el que tuviere la barriga bien llena, por un soplon, llamado SANCHO CORNILLO, y lo que le sucediò.

AUnque parece confuso
el modo de verso mio,
no obstante tomé la pluma
à suplicas de un amigo,
para escrebir un suceso
flamante, que ha sucedido,
el mas gracioso, que oí
desde que tuve sentido,
y narizes atrás tengan,
que parece suenan tiros.
No obstante proseguiré,
aunque para proseguirlo
será menester tener
un braguero prevenido,
por si acaso me quebrare
por lo mucho que me rio.
Aunque es verdad de que yo
con gran paciencia he sufrido
de esta vida los tropiezos,
aunque tan fuertes han sido.
Decirles quiero mi Patria,
que decirla me es preciso,
para que todos la sepan,
y en haviendola sabido
se huelguen como unas Pasquas;
y si no me engaño, digo,
que en la Ciudad de Lucena
del mundo jardin florido,
que está de Cabra una legua;
mi nombre es Sancho Cornillo,
nacido en tan buena Estrella,
que del Signo del Cabrito
me siguen las influencias
con un grande regocijo.
No soy Regidor, ni Alcalde,
Escribano, ni Ministro,
solo soy Recaudador
de cartas, y papelitos.

Mi

Mi esposa Marta Gonzalez
como á mi mismo la estimo
por su garvo, y discrecion,
y su natural tan lindo,
que solo hacer bien á pobres
era todo su exercicio.
Yo con esta conveniencia
era por ser tan sufrido
de la Hermandad de San Marcos
el Prioste mas antiguo,
pues me valió esta fiesta
tanto como un Beneficio.
Despues pasé à Esquilador
de carneros, y borricos,
y por la ocasion que estaba
algo perdido el oficio,
me exercitaba despues
en ser Guarda del soplillo,
y por cada cañutazo
tomaba un peso de limpio.
Y asi nunca me faltaban
dineros en el bolsillo
para mis tragos corrientes,
y en mi casa el pucherillo.
Sucedió de que á Lucena,
de la Villa de Campillos,
vinieron dos forasteros
de noche, y con gran sigilo
en casa de unas Madamas
de estas del rodete altillo,
dos cargas en dos caballos
entran de tabaco fino,
y mientras lo despachaban,
el uno à Cabra se ha ido,
y otro se queda en Lucena,
para despachar el dicho
tabaco, y aunque lo hicieron
con secreto lo he sabido.
Y á mi mismo me decia,
qué es lo que aguardas, Çornillo?
Anda á la Administracion,
y á los Guardas dá el aviso.
Pusose en execucion,
los quales me han respondido:
que á punto fixo lo sepa,
y en haviendo presa asido
me pagarán mi soldada
en tejoletas blanquillos.
Desde alli parti de remos
al Palacio referido
de las señoras Madamas,
sin darme por entendido,
donde encontré al forastero,
y una libra le he pedido
de tabaco de manojos,
y que se venga conmigo
à casa de gente honrada,
que no le vendrá peligro.
Llevólo, en fin, á una casa,
donde estaban prevenidos
los Guardas, y lo pescaron,
y entre todos lo han cogido,
y á la Carcel lo han llevado,
en donde lo han destruido.
Y á mi por mi diligencia,
me dieron un doradillo,
pero me costó mas caro,
que el azeyte de aparicio.
Despues con buenos empeños
el forastero ha salido
de la Carcel, y se fué
á la Villa de Campillos,
las Damas me la juraron,
y al cabo de un mes cumplido
en la Plaza Doña Elvira
me encontró, y asi me dixo
con palabras cariñosas:
Oyes, Sancho, oyes hijo,
mira que quiero que vayas
á mi casa, que es preciso,
me esquilarás un carnero.
Y sacando del bolsillo,
me dixo, toma alla', honrado,
para que eches un quartillo,

y

y á Visperas te esperamos,
que vayas á punto fixo.
Yo le dixe: Mi señora.
mi deseo es el serviros,
iré sin falta esta tarde,
y es que me hice el juicio,
que ellas no havian hecho caso
del pasado quentecillo.
Y Doña Elvira á su casa
se fué, y luego al proviso
machacó dos morteradas,
y las echó en un lebrillo
de ajos, y de pimientos,
de aquellos de largo pico,
con polvora, y sal molida,
con mostaza, y con cominos,
y con zumo de naranja
todo esto ha desleido,
de suerte que ya de caldo
se revestia el lebrillo.
Y mientras lo estaba haciendo,
decia: Ha pobre Cornillo,
qual te he de poner el quaxo,
que te cruxa de este aliño.
Eran las mugeres quatro,
y buscaron otras cinco.
Dió el relox las dos y media,
y Doña Elvira ha salido
á la puerta de la calle,
á vér si viene Cornillo.
Quando vido que venia,
daba de contento brincos,
yo entendí que se alegraba
de que yo huviese venido.
Pero apenas entré dentro,
entre todas me han cogido,
me ataron de pies, y manos
con lazos escurridizos,
y dixo Doña Mariana:
Señoras, silencio pido,
antes de echarle la ayuda
le han de dar un defensivo
de palos con una vara
de un acebucheno olivo.
como quien sacude esteras
los lomos me han rebatido.
Despues vino Doña Elvira
con la jeringa, y lebrillo,
diciendo: Carguen á ese,
que ya traigo aqui el avio.
Pusieronme el culo en percha,
ò en dos veces, que es lo mismo,
y haciendo la punteria
por el trasero postigo,
sin que se pierda una gota,
entrar á dentro le hizo,
diciendo; nadie le suelte,
que otra le cabe por fixo.
Y mientras le fue á cargar,
yo no pudiendo sufrirlo,
empezé á echar de este cuerpo
mas pasas, y mas pestiños,
que pueden cargar dos futres
de Francia recien venidos.
Entonces me dieron suelta,
y Doña Elvira ha salido
con un cuchillo en la mano
detras de mi dando gritos,
diciendo: Atajen á ese,
que me ha hurtado un vestido,
uno me quiso echar mano,
y le alcanzó tal rocio,
que por poco queda ciego,
aunque en un rato no vido,
sin poderme dar alcance;
en fin, al campo he salido,
y como el ojo de atras
me iba echando fuego vivo,
fui à refregarme en la tierra,
á tiempo de que acogido
estaba en su madriguera
un Lagarto, que aturdido
con el hedor salió huyendo,
y se me entró en el hondillo.

don-

donde encontró el ramillete,
y sin saber lo que hizo,
de él se me agarró, y yo entonces
dí desatinado un grito
con el dolor que sentí;
quieran los Cielos Divinos,
que aquel que no lo creyere,
que le suceda lo mismo.
Empecé á correr de nuevo
mas recio que un torbellino,
y al pasar por una huerta,
dos perros á mi han salido,
y por defenderme de ellos
di de cabeza en un sylo,
que estaba lleno de agua,
que á no haver presto acudido
los Hortelanos alli,
sin que duda haviera havido;
me ahogara sin remedio,
pero me sirvió de alivio,
porque me soltó el Lagarto,
sacaronme, y compasivos
à mi casa me llevaron.
Quando mi muger me vido,
cayó en tierra desmayada,
y con rocios de vino
volvió en si, y pronunció:
Encanto de mi alvedrio,
Cornillo, qué es lo que traes?
Qué es lo que te ha sucedido?
Entonces le respondi,
qué he de traer? mal herido.
En donde tienes la herida,
mi muger ha repetido?
Quedéme un rato suspenso,
sin saber como decirlo.
En fin la dixe: Muger,
un Lagarto me ha comido
la mitad del compañero,
que siempre anda conmigo.
Se lo enseñé, y sin que nadie
la pueda entrar por camino,
tomó un palo de acebuche,
y á mi derecha se vino,
y del primer garrotazo
me descalabró, y me ha dicho,
no hay quien á este vil hombre
me lo ponga en un Presidio,
porque à mi casa se viene
sin aquello que es preciso:
Y los que estaban presentes
todos à una voz han dicho:
Tiene usted razon, señora,
y yo viendome afligido,
que todas son contra mi,
me sali, y tomé el camino
de Antequera, donde estoy
bien curado, y asistido
en este Santo Hospital,
donde á todos le suplico,
que guarden como los ojos
lo que á mi me se ha perdido,
porque si se vén sin él
les corre grande peligro,
se veràn como me veo
de mi Esposa aborrecido.
El qual á todos suplica
con amor encarecido,
no se fien de mugeres,
que yo de ninguna fio.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Doña Maria de Ramos, y Coria Plazuela las Cañas.